

El tiempo de Sandro

Nicolás Lynch

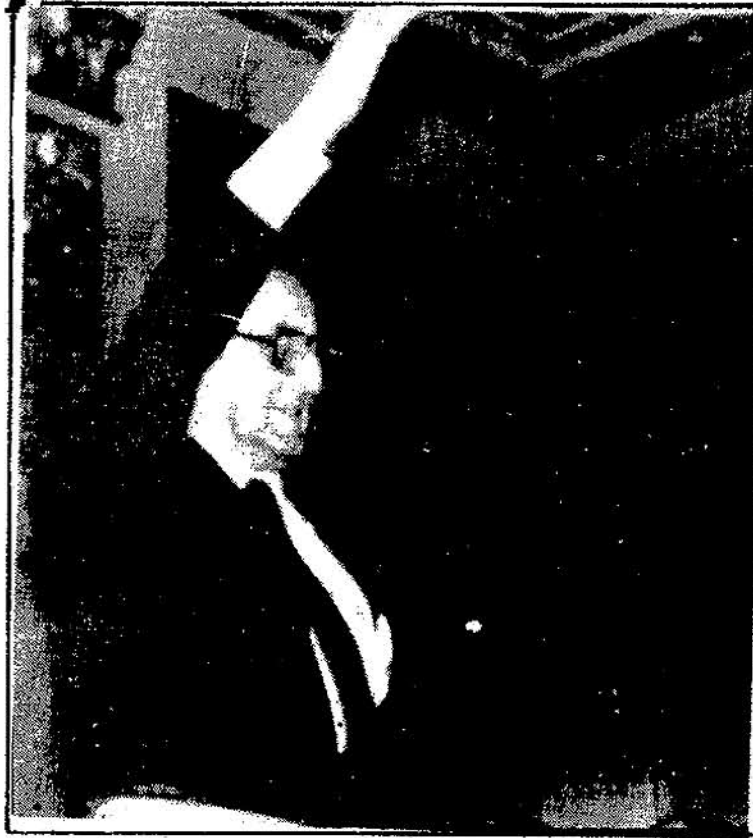
La exposición al Congreso del Presidente del Consejo de Ministros, Sandro Mariátegui, no ha causado las expectativas ni la tensión de fuerzas que si originaron las de sus antecesores Manuel Ulloa y Fernando Schwalb. No hemos tenido en este Mariátegui ni la brillantez polémica ni el señorío opaco de los anteriores. Se ha remitido en la larga lectura de sus intenciones, únicamente a proponer la modificación de algunos aspectos de política tributaria e industrial que favorezcan al sector de los de arriba más perjudicado con la crisis, los industriales y comerciantes que trabajan para el mercado interno. La introducción de estos cambios en la política económica, que algunos sectores juzgan significativos, parece que tendrían un efecto recortado por el momento político en que son planteados.

No nos encontramos al principio ni a la mitad del segundo belaundismo, sino viviendo su crisis de término. No es hora para ensayar modificaciones sustanciales de política desde el poder, no porque el país no las necesite, sino porque el belaundismo desde su soledad no tiene ya ninguna legitimidad frente a la sociedad para efectuar un cambio de rumbo. Otros tendrían que ser los actores y otra su capacidad de convocatoria para proponer, con apoyo de mayorías, una política de salvación nacional. No es, entonces, por la brillantez de la exposición ni

por la sobriedad de propósitos, como señalan algunos comentaristas de derecha, que el premier no ha motivado el revuelo de Schwalb o Ulloa, sino por la falta general de expectativas en lo que al belaundismo le resta por hacer frente a los destinos del país.

Con Manuel Ulloa el régimen tenía la legitimidad de su aluviónica votación inicial, además de los hábiles movimientos de escena del "hombre de las Bahamas", que descolocaban a más de un avezado adversario. Cuando sus políticas fracasaron había todavía la posibilidad para el presidente y la esperanza para el pueblo de un giro de timón. Con Fernando Schwalb estas esperanzas se esfumaron y el espacio se terminó de recortar para Acción Popular, ya que la política de este último fue más dura que la de su antecesor, terminando, de tanto ajustar la correa, ahorcándose a sí mismo. La legitimidad del 46o/o fue liquidada por estos dos gabinetes, dejando para Mariátegui los despojos de la crisis. No le queda, entonces, sino administrar un pasivo político, sabiéndose minoría en el país e insistiendo en profundizar su aislamiento al romper hasta con su propio aliado, el PPC.

Ya no es el tiempo del acciopopulismo, se farrearón la victoria del '80 como derecha miope que no entendió los profundos cambios que habían ocurrido en el país, con las reformas velasquistas y a pesar de ellas.



Sabían de anti-militarismo más que la izquierda y lo demostraron ganando las elecciones generales y descolocando al movimiento de masas, pero no se podía gobernar por acto reflejo deshaciendo lo que otros habían hecho, con una falta de perspectiva que todos estamos sufriendo. Si no es el tiempo de AP, menos podríamos pensar que es el de Sandro Mariátegui, que además parece perfilarse como la última y más pobre de las cartas de Belaúnde, el repuesto final al que le dejen el peor de los trabajos.

En este proceso la oposición ha crecido, ganando presencia nacional y posiciones electorales. Es indudable que las importantes campañas desplegadas, en especial por IU, han contribuido decisivamente a los cambios de gabinete. El APRA ha aprovechado el ensanchamiento del campo de la oposición para afianzarse cada vez mejor como la alternativa de recambio burgués, lo que se expresa, hasta con cierta exageración, en las poses de su secretario general y candidato presidencial. Sin embargo no

ha existido a lo largo de todo este período capacidad de jaque en la oposición. No por nostalgias putschistas que nos hubieran llevado a querer que la sangre llegue al río, sino porque las sucesivas crisis políticas han sido resueltas con cierta holgura por el belaundismo. El acoso de la oposición no ha arrancado conquistas decisivas en estos cuatro años, que abonaran a un cambio fundamental en la correlación de fuerzas. Más ha sido el desgaste del propio gobierno y la protesta inorgánica del pueblo los que han llevado a esta situación. El APRA, y sobre todo Izquierda Unida, son ante todo símbolos, referentes alternativos al belaundismo, todavía no cauces reales mediante los cuales la protesta organizada del pueblo pueda convertirse en gobierno.

Pero esta incapacidad de jaque encuentra en los próximos meses un terreno fértil para revertirse. En el período electoral, como en todo período de tensión política, se resumirán años en días. Coyuntura especialmente importante para IU, que con una mayor centralización de sus fuerzas puede aspirar, ella sí, porque ha jugado radicalmente al lado de los más, realizar un jaque mate.

El tiempo es, por ello, hoy, de la oposición, las masas quieren endosarle su legitimidad, depende de las alternativas que se mueven en este campo, hacerse merecedores de ella.